

Son los manes de América que crujen
entre orgasmos y voces vegetales
y en la prosa salvaje de los vientos
se saturan de pólvora y metralla.
Es el grito rebelde
de una naturaleza
que no se siente vencida
pero sí flagelada.
El filibustero la golpea
y machaca la fe criolla
en su tierra, su Destino y su palabra.
El filibustero lleva en su sangre el dominio
y en el brazo el fuste del canalla.
Vino a Nicaragua en son de amiga gente
con William Walker a la cabeza.
Aún no había incendiado Granada
pero ya había violado igual la Ley y las doncellas
y persiguió el honor de las familias
hasta en el corazón de las montañas.
Hundió en el lodo de la abyección
el patriótico sentido de la nacionalidad.

Pero no estaba sola Nicaragua.
Para eso tenía cuatro hermanas
y todas, a una sola voz, concurrieron a la cita
del sacrificio, de la controversia armada,
del patriotismo en holocausto.

x

En San Jacinto
qué claras madrugadas;
los venados del sol corrían locos
entre cercas de piedra y jicarales.
Septiembre 14.
Cursa el año
de 1856.
El filibustero ronda en las planadas.
Prepara su golpe. Acecha con su zarpa.
Precisa
una victoria decisiva y rápida.
Entre peñascos las cabezas rubias.
Las mechas prontas en los arcabuces.
El ojo avizor; el brazo tenso
y el grito de avanzar en lengua extraña.
De pronto el primer estallido
rompe el aire entre un coro de balas.
Se ha desencadenado la tormenta
sobre el pecho gris de los viejos corrales.
Y así se inicia la pelea.
La fe legitimista se encabrita
y responde al asalto
con sus veteranos fusiles de mecha,
con sus gritos de arrojo y de combate,
con uno de sus primordiales elementos —la astucia—,
con piedras, con machetes y con palos.

Y he aquí que —¿es leyenda o historia?—
por los rumbos del horizonte
se siente llegar una avalancha.
No era la tierra en sus locos espasmos.
No eran sus turgencias epilépticas.
No eran huracanes rompiendo sus ataduras.
No eran los volcanes que vociferaban.
No eran otras patrullas
que entrasen al horno de la beligerancia.
No eran voces de cañones en coro
quebrando el aire con el estruendo de sus gargantas.

Qué era, entonces,
aquel alud endemoniado
que resoplaba por el llano ilímite
con boca de ciclón
y muslos de tormentas asustadas?

Eran ellos... Eran ellos... Eran ellos...
Eran ellos los caballos.
Los caballos de la remonta sudorosos y elásticos.
Sudorosos y elásticos en tropel despavorido.
En tropel despavorido penetrando en la batalla.
Las narices en anhelo de tragarse la llanura
y las crines iracundas por el viento alborotadas.
Los bucaneros
los vieron llegar blancos de pánico
y el sol de septiembre ya maduro
les vió correr, aún más que los caballos.

x

Potros erguidos, alma de los manes.
Veguas electrizadas, de ancas
finas y lustrosas para la fiebre de los potros.
El Himno Nacional de Nicaragua
lo cantaron en las piedras, con los cascots,
en salvaje orquestación con sus relinchos.
La mañana dió un baño de fina luz al episodio
y a la derrota filibustera siguió el canto de los pájaros.
Los pájaros libérrimos.
Y los potros volvieron a sus viejos rodeos:
los potros de la Justicia.
Y los vientos izaron sus velámenes cansados:
los vientos del Derecho
que son uno para todo Centro América.

Los caballos de la Victoria
bebiéronse la luz sobre los llanos.

Agenor Argüello

Managua — Nicaragua.
1956.

Homenaje a Chile en Gabriela Mistral

(En Rep. Amer.)

Es un gran honor para Chile haber
sido la cuna de esa gran Mujer de Amé-
rica, Gabriela Mistral.

Chile es un pueblo elegido, una luz
eterna brillará sobre sus Andes.

A veces las leyes del Mundo interno,
inteligencia, sensibilidad, voluntad, amor
sufren sacudidas que se concentran en
cataclismos, en verdaderas pérdidas pa-
ra la especie y para sus magnos desti-
nos. Es entonces cuando la justicia, la
libertad, el heroísmo, vacilan en sus pe-
destales de conciencia, y una sombra
de melancolía cubre el alma de la Hu-
manidad.

Mas también ocurre a veces que esos
estremecimientos son germinaciones pro-
fundas, son como gestaciones de prima-
veras y auroras; el corazón vibra atra-
vesado por un nuevo rayo y el alma se-
lla con aletazo audaz las cúspides de lo
desconocido.

Gabriela Mistral, simple Maestra de
escuela. En el mundo de las letras, tu
pensamiento es una luz que se contagia,
que sabe superarse a cada instante y
simpatizar con todo, es principio, es ley,
es norma fatalística en el equilibrio de
las almas y si en alguna mujer se han
concentrado en su máximo potencial, si

en alma alguna se han condensado, co-
mo en virtuoso metal de maravilla, las
incontrastables e ineludibles leyes del
ideal, es en tí, Gabriela.

Tus sonetos a la Muerte, tus rondas
a los niños que tanto amaste, toda tu
poesía, será el centro planetario del uni-
verso espiritual. Todas las potencias en
ella tienden a lo alto, mordidas de ham-
bre Zenital, ebrias de vuelo y refresca-
das de azul...

Maestros de Costa Rica, generación
de los talentos nuevos, noble grupo de
escritores y poetas, legión de los jóve-
nes, oh, porvenir viviente de mi país;